

## LA TIRANÍA DEL AMOR

En algún lugar de ella sigue habitando esa niña que soñaba con ser mayor, tener una vida plena rodeada de niños, perros que saltaban felices al llegar a casa envuelta en un enorme jardín repleto de flores violetas.

Sin embargo, en ese camino hacia lo que llamamos ser mayores encontró infinidad de espinas, enigmas indescifrables y laberintos cubiertos de soledad.

Su cabeza empeñada en llegar al dorado del amor la convirtió a la vez en ganadora y perdedora.

Su premio fue un sueño cumplido, ser mamá, albergar en su vientre aquello que ella más iba amar y por lo que obviamente lucharía cada día. Cuando pensaba cosas terribles en donde sólo encontraba como solución a su vida quitarse del medio, su hijo era el único, lo único que le permitía recuperar el juicio perdido.

Detrás de todo es, en paralelo a la figura de madre, aquella mujer que tenía que luchar contra aquellos que la señalaban con el dedo recordando cada poco lo que pudo tener y dejó que se esfumara como el humo de un cigarrillo, en ella había una opaca luz que aunque sutil no se desvaneció.

Esa luz la alumbraba de vez en cuando, alguien que como si de un faro se tratara llegó a su vida para alumbrar la escasa luz que frente a su mirada existía. En este mundo tan enorme con tantos tan, quien quiera que fuese movió los hilos necesarios para que la serendipia les uniera.

Qué duda cabe que ese alguien durante largo tiempo gestó la felicidad robada por el camino.

En esas soledades de la vida vivida por muchos, esa persona es la que supo cual cirujano salva una vida, curar esa herida, aquella que la tiranía del amor ejecuta cual golpe de suerte.

Para llegar a la cima hay que cruzar enormes desiertos de arena donde el horizonte se siente inalcanzable, los oasis dan esa fuerza necesaria que impide desvanecerse en el camino.

Ese camino que cruzaba el pueblo testigo de caminantes ávidos de libertad que subían esa montaña era testigo mudo de pensamientos y gritos de ahogo de aquellos que cuando bajaban la cima sentían ser cigüeñas del campanario fijo reflejado en el iris de sus ojos.

No sabía si eran alucinaciones o realidades no consagradas, lo único que ella sabía era que no quería caminar en soledad el desierto, Esa mano la empujaba hacia la cima, desconocía lo que detrás se escondía, aquello que la reconfortaba era el calor nacido al contacto de su piel mágica que como si de un cable de luz se tratara era capaz de penetrar el alma dibujando una sonrisa anulando todas las carencias.

Entonces ella, porque hablaba de la tiranía del amor y no de su grandeza, simplemente porque el amor tiene deudas, adelgaza aquel al que suelta su mano para entregársela a otro engordando a quien la sostiene e ignorando al perdedor de ella.

Sólo aquel que ha sostenido esa mano conoce la deuda que ha de pagar cuando se ausenta.

Sólo aquel que anhela que vuelva se permite no renunciar a ella.

Sólo aquel que clavó la mirada en la del otro se permite ser ciego hasta su retorno.

Sólo aquel que cree en su palabra anhela volver a escucharla.

El amor es tirano cuando de forma despiadada huye del corazón del que más ama, el amor en cualquiera de sus versiones es capaz de despertar volcanes dormidos durante una eternidad.

El amor y los milagros son hermanos gemelos porque su sinergia convierte el polvo en piedra y la lluvia en hielo, congela las derrotas pasadas y golpea la esperanza perdida recuperando esa alegría olvidada en los corazones de cada uno.

Quizá ese maratón de su vida tenía como final la descabellada idea de ser felices, pero felices de verdad sin ausencias sin lágrimas sin deudas de vida pendientes logrando el perdón, aquel perdón más difícil de lograr, el de uno mismo.

Anna Smith